

## TERCERA PARTE

---

EL REMEDIO DE LA DESORGANIZACIÓN DE LOS TALLERES

Y DE LA MISERIA DE LOS ASALARIADOS

EL CONTRATO COLECTIVO DE TRABAJO



## CAPITULO VII

### La cohesión profesional de los obreros.

Así, anarquía de relaciones entre patronos y obreros, miseria enorme de los asalariados; tales son los dos efectos observados en el triple régimen de la concurrencia, del gran taller mecánico y del contrato colectivo de trabajo.

¿Para tan grandes males existe un remedio? ¿Es cierto que el aprovechamiento de las fuerzas de la naturaleza no debe producir otro resultado que oprimir con un trabajo aplastante á mujeres y niños de ocho años? ¿Será verdad que el telar *remidenur*, que hila once mil veces más algodón del que podría hacer la hilandera en el torno, es incapaz de hacer vivir decentemente al hilador que le dirige, y que la mayor miseria del trabajador manual debe ser el estigma de una época en que la máquina dócil produce las mercancías con una abundancia que parece desafiar á las exigencias del consumo? ¿Será verdad que las sociedades anónimas gigantescas de muchos millones de capital, no podrán prosperar más que si sus obreros son reducidos al último grado de des-



nudez que puede soportar el hombre civilizado? ¿Será cierto que una de las partes, no menos importantes, de la habilidad industrial consiste en exprimir al obrero como á un limón, para extraerle, con el menor precio, el mayor trabajo posible?

Tales son algunas de las terribles cuestiones que plantea al espíritu la organización industrial contemporánea, tal como se presenta en este punto de nuestro estudio.

Sin duda algunos se consuelan diciendo que siempre ha habido pobres; y que, después de todo, el obrero moderno es probablemente más dichoso que lo ha sido el obrero de otros tiempos.

Pero este cínico consuelo no puede satisfacer más que á los espíritus egoístas. Desde luego es probable que la situación material del obrero haya sido mejor otras veces que lo es en la actualidad. Muchos publicistas se han declarado francamente á favor del tiempo pasado. «Un punto, escribe uno de ellos, parece al presente fuera de duda; y es que bajo este régimen (el de la asociación profesional), el trabajador, á cualquier profesión que perteneciera, gozaba de una situación incomparablemente superior á la que hoy posee. Desde el punto de vista material, á pesar de la gran dificultad con que se tropieza para calcular el valor del dinero en la Edad Media, se está de acuerdo

en afirmar que el salario medio era mucho más elevado que hoy» (1).

En segundo lugar, no sólo de pan vive el hombre; y parece incontestable que la condición moral del obrero propietario de sus herramientas, al menos asociado á la vida doméstica de su patrono, era mejor que en nuestros tiempos; el lujo escandaloso de algunos no excitaba la codicia de los artesanos (2); y, según la frase de M. Jaurés, la humanidad tenía, para distraer sus males, «la vieja canción de la fe religiosa».

Pero aun admitiendo que el obrero contemporáneo no sea más degrañado que el de otros

(1) Mahain, *Estudios sobre la asociación profesional*, página 50: «Comparemos el salario de la Edad Media con el salario actual, escribe M. d'Avencel. La remuneración calculada sobre doscientos cincuenta días de trabajo solamente empieza en el siglo XIV con 182 francos, y se eleva á 860 francos después; á 1.040 francos en 1376-1400. En el siglo XV oscilan entre 1.100 y 1.240. Era incontestablemente superior á la paga de 1896, que por un trabajo de trescientos días sólo cobraba 1.200 francos al año.» *Revue des Deux Mondes*, 1.º Octubre 1896, citado por M. Jay, obra citada, pág. 4.

(2) El obrero de otros tiempos no era la víctima del fuego: un herrero que había trabajado en las obras de arte de la catedral de Ulm durante toda su vida, pidió ser enterrado con sus herramientas, porque las amaba. Existían entonces relaciones de cariño entre los obreros y sus instrumentos de trabajo.—Ch. Guide; conferencia dada en el Instituto de Altos Estudios de la Universidad nueva de Bruselas.



tiempos, es evidente que la invención de la máquina de vapor y del telar mecánico, que han duplicado la productividad del trabajo, deberían procurar á todo asalariado probo y honesto un acrecentamiento notable de bienestar. Es verdad que los hombres han sostenido que el progreso de la civilización no tendía al mejoramiento de suerte del mayor número: les ha bastado con hacer surgir de en medio de la turba algunos individuos con cualidades eminentes. ¡Qué importa la miseria de la masa, si existen al menos reyes de la industria que llenan perfectamente su papel de hombres engrandecidos, de «superhombres». Renán no estaba muy lejos de esta opinión, que ha sido desenvuelta recientemente por Nietzsche. Sin embargo, á menos de formar parte del pequeño clan de los estetas, se podrá ver que esto no es más que efectismo puro, y se preferirá pensar que «en un país rico, civilizado, la vida honesta debe ser viable para todos... La miseria inmerecida, como es, por ejemplo, la de la vejez, á quien toda una existencia de trabajo no ha podido asegurar el pan cotidiano, es una injusticia y un escándalo» (1).

Y cuando se piensa que esta injusticia puede alcanzar en una nación industrial á muchos millones de familias obreras (2), cuyos miembros es-

(1) Discurso de M. Lavissee, 8 de Marzo 1901.

(2) Según estadísticas que no son muy recientes, ha-

tán necesariamente condenados á no vivir más que bajo el régimen del salario, no se puede dudar de la necesidad de encontrar un remedio eficaz. En efecto, de nada serviría dormirse en la ilusión: la inmensa mayoría de los asalariados, casi puede decirse que todos ellos, no tiene ninguna probabilidad de salir de su condición; y los que venden hoy su trabajo están condenados á venderlo hasta el fin de su vida. En las biografías de los archimillonarios americanos se lee á menudo que, tal dichoso rey de los ferrocarriles ó del petróleo, comenzó como recadero de un hotel ó como inspector de tickets; ¡pero piénsese en la masa inmensa de inspectores que jamás han tenido hasta su muerte otra razón que este destino para frecuentar los sleeping-cars! Está bien que se haga leer estas biografías á la gente joven, para excitar su energía y su valor; pero no puede olvidarse que la concentración de los capitales y de las industrias, no cesando de hacer progresos, la elevación á la condición de patronos no es ya más que una excepción en el siglo XIX, debiendo en el vigésimo siglo haber casos en los que un obrero sabio y prudente no pueda vivir (1).

En Francia 14.996.998 individuos viviendo directa ó indirectamente del salario; 18.986.494 en Alemania; 12.794.568 en la Gran Bretaña (sin Irlanda); 13.900.000 aproximadamente en los Estados Unidos.

(1) Además de esto, tal solución no podría siempre ser aprobada y su abuso no es menos abominable, porque cier-



Es preciso, pues, de toda necesidad mejorar la condición del salario mismo, *desviando* la ley de los salarios. También se está de acuerdo sobre este punto y se conviene unánimemente en que hay algo que hacer. No entra en el plan de esta obra exponer los diversos remedios preconizados y, puesto que el trabajo de la ciencia consiste, ante todo, en construir y edificar, me será permitido reducirme á la exposición del gran medio hacia el cual los hechos económicos conducen á los trabajadores manuales: *la cohesión orgánica de sus fuerzas bajo diferentes formas estrictamente profesionales, y especialmente bajo la forma de sindicatos.*

Por una singular ironía de las cosas, la maravillosa eficacia de este medio ha sido una de las causas del retraso aportado á su empleo, y el temor de los unos, acobardados con la perspectiva de su pujanza magnífica y temerosos de peores males, ha colaborado, con los desvaríos utópicos de los otros, para restringir su uso y desviar á la

---

to número de los que han sido las víctimas comienzan á beneficiarse. «Cuando se me ha dicho ¿te parece bien que un obrero pueda lograr una gran fortuna con su inteligencia, trabajo y economía? esto me ha irritado un poco, porque yo entiendo que todo este dinero no ha podido ser ganado más que explotando á sus compañeros y cercenando su pan y su libertad; y esto, que es villanía, se paga algún día.» Emilio Zola, *Trabajo*, París, 1901.

opinión. Pero no se lucha jamás largo tiempo contra la fuerza de las cosas, y los éxitos que se consiguen sobre ella siempre son efímeros. Mientras que las ilusiones de la paz social no han llegado con sus instituciones de patronato extensivo y de fraternalismo más que á desenvolver el odio en el corazón de los obreros y á preparar la revuelta—como las huelgas repetidas y claramente revolucionarias de Creusot y de Montceau-Les Mines, estos dos hijos privilegiados de la unión lo han demostrado—los socialistas y los colectivistas no han podido todavía convencer á ningún espíritu fielmente adicto al método de observación.

Cada día la persona humana está más libre y más emancipada; las sociedades, lejos de evolucionar hacia el colectivismo, se apartan de él, y la necesidad de encontrar en el camino del trabajo, de la lucha y de la responsabilidad una burguesía, muy á menudo olvidada de sus deberes y llevada á buscar las funciones públicas, da tan sólo á las doctrinas socialistas un éxito de opinión cuya importancia es conveniente no exagerar. Enfrente de ello, la cohesión profesional de los asalariados está ya desarrollada en los dos más grandes países industriales, Inglaterra y los Estados Unidos, con el desenvolvimiento admirable que es conocido; en los otros países, donde el espíritu teórico está en boga, esta misma cohesión



profesional se va extendiendo á un número creciente de obreros escogidos. Este movimiento encuentra la resistencia concertada de las diversas doctrinas que le salen al frente; pero no importa; cada día se extiende y triunfa, tanto de los prejuicios de los espíritus retrógrados, como de las maniobras de los políticos de oficio, bastante avisados para que se mustien sus esperanzas.

Gracias á la armonía de las fuerzas que obran en los fenómenos de la naturaleza, ha ocurrido que la concurrencia y el gran taller, únicos autores responsables de los males que se han descrito, han colocado también á los asalariados en el camino en que debían encontrar la salud. Este procedimiento es usual y bien conocido en los sabios: la dilatación de los metales que perturba la regularidad del péndulo, se emplea para mantenerla en el péndulo compensador: la presión del vapor que hace estallar las calderas, es utilizada para prevenir la explosión desde el día en que se ha inventado el mecanismo de la válvula; y en otro orden de ideas, los microbios que propagan la enfermedad pueden ser empleados para combatirla. Igualmente ocurre con las fuerzas económicas. Tan sólo nos perjudican por nuestra ignorancia, y depende de nosotros hacerlas colaborar á nuestro bienestar, disciplinándonos á sus leyes.

Cuando con esta disposición de espíritu se visita un gran centro industrial, es fácil observar

la cohesión natural que el régimen del gran taller tiende mecánicamente á establecer entre los millares de asalariados aglomerados en un espacio tan reducido. Ved, ante todo, á esta multitud innumerable que en Manchester, en Roubaix ó en Rouen, por ejemplo, se precipita por la mañana hacia las puertas de las fábricas de hilados ó de tejidos. Su masa es inmensa, y basta compararla con el pequeño número de establecimientos que los emplean para tener la certeza de que durante toda su vida ellos no serán más que asalariados. Pero en oposición á esto, ¡con cuánta elocuencia se afirma ante ellos la solidaridad que los une, y cómo se ve que su cohesión ha debido fortalecerse con la desaparición de los vínculos que antes les unían á la causa del patrono! En otro tiempo, bajo el régimen del pequeño taller, estaban naturalmente separados los unos de los otros, porque su esperanza legítima de ser patronos los llevaba á unir sus intereses con los del maestro. Esta separación no tenía, por otra parte, inconvenientes, porque las corporaciones habían suprimido la concurrencia y, por lo mismo, alejado del maestro todo pensamiento de especular con el bajo precio de la mano de obra. Hoy, en el régimen del gran taller mecánico, es evidente que los asalariados no pueden ya, cuerdamente obrando, considerarse como los asociados de su patrono.

Si en un momento de aberración ellos consin-



tieran, bajo pretexto de ayudar mejor á su patrono, destruir los establecimientos concurrentes reduciendo sus salarios, sus compañeros de otros talleres, obligados á adoptar una táctica parecida, so pena de próximo paro, se mostrarían muy dispuestos á seguir el mismo camino, y tal vez marcharían con más ardor aún. El resultado de esta lucha fratricida no es necesario adivinarlo, es bastante palpable, y las aglomeraciones obreras tienen motivos de conocer la miseria atroz á que puede conducirles el régimen del contrato individual de trabajo y la pulverización de los asalariados.

Por el contrario, ¡cuál no es la pujanza de las agrupaciones obreras reclamando en un momento dado, en nombre de sus millares de miembros, una elevación de salarios, y sustituyendo así el contrato individual por el contrato colectivo! Para convencerse, basta con fijar la mirada en los diferentes países industriales; he aquí, en pocas líneas, el resumen analítico de los hechos que se observan.

En los diversos países sometidos á la acción de la gran industria moderna, la condición de los obreros no es en todas partes idéntica, y así, teniendo en cuenta la diferencia del coste de la vida en dichos países, el salario recibido por el obrero americano es muy considerablemente superior al que recibe el obrero inglés, quien, á

su vez, está mucho mejor retribuido que su compañero de Francia ó de Bélgica. Y esta diferencia, lejos de estar compensada con una más larga duración de la jornada de trabajo, es, por el contrario, concomitante con una reducción progresiva de esta duración, de tal suerte, que la jornada de trabajo es más corta para los obreros que reciben el salario más elevado. Así, el minero americano, que trabaja ocho horas, comprendiendo la bajada y la subida, recibe un salario de 12 á 15 francos por término medio; el minero inglés trabaja más tiempo, y tiene menos paga, y, por último, el minero francés y el belga trabajan todavía más tiempo y cobran todavía menos salario.

Esta gran superioridad de las condiciones de los asalariados, según los países, dista mucho de ser debida á una restricción de la concurrencia ó á la aplicación de las doctrinas fraternalistas. Coincide, por el contrario, con el desenvolvimiento más intensivo de la concurrencia y con la aplicación más completa de la doctrina según la que el trabajo es una mercancía susceptible de compra y venta, como todas las otras, y sometida, como éstas, á la ley de la oferta y la demanda. Según todos reconocen, los Estados Unidos é Inglaterra son los dos países en los que el régimen del gran taller y la concurrencia han recibido su mayor extensión, y en vano se buscarán



establecimientos donde las instituciones de patronato tengan alguna importancia. Más allá de la Mancha y del Atlántico, los patronos creen abiertamente que el industrial debe comprar el trabajo á los precios más bajos, como compra la hulla y las primeras materias.

En compensación se observa en los asalariados de estos dos países una aptitud especial para constituir entre ellos grupos estables y poderosos; y estos grupos han logrado substituir al régimen del mercado individual de trabajo el método del contrato colectivo, en virtud del que se estipula un solo contrato entre el patrono y el conjunto de sus obreros, ó entre todos los jefes de establecimientos similares de una misma circunscripción y el conjunto de todos sus obreros. La pujanza de esta inteligencia entre los trabajadores manuales ha podido paralizar y tener en jaque á la ley de los salarios, y las cláusulas del contrato de trabajo han resultado notoriamente más favorables á los obreros.

No puede dudarse de que esta inteligencia permanente entre los obreros sea la causa directa de la superioridad de su condición en estos dos países. En efecto, basta un sencillo razonamiento para comprender que el acuerdo puede y debe, entre los vendedores de trabajo como entre los vendedores de todas las demás mercancías, remediar los excesos de la concurrencia; pero to-

avía una triple observación confirma este aserto.

En primer lugar, si es cierto que la condición de los obreros es mejor en los dos países que han logrado más perfectamente la cohesión obrera, es verdad también que la condición de los obreros es la peor en los países donde esta cohesión es todavía embrionaria y por completo desconocida. Así, la situación de los obreros en la Italia del Sur es en extremo miserable y muy inferior á la de los obreros franceses, y precisamente esos obreros italianos están todavía sometidos al más completo régimen de la pulverización obrera.

Y en segundo lugar, en un mismo país la situación de los obreros varía paralelamente á su aptitud para agruparse; ésta es la peor en las profesiones en que no hay ninguna cohesión latente ó rudimentaria, y se eleva progresivamente á medida que la cohesión se eleva ó desenvuelve; en una palabra, los mejores salarios están reservados á los oficios en los que esta cohesión alcanza por el momento el mayor desarrollo que permite la constitución social del país observado. Así, en Francia, los obreros sastres y las costureras están en una condición extremadamente miserable, porque en estos oficios, que hasta ahora no han evolucionado hacia el régimen del gran taller, el obrero vive todavía en el más completo aislamiento, no mantiene con sus compañeros rela-



ciones de ninguna especie y, por consiguiente, la ley de los salarios produce sus efectos en toda su plenitud.

En los grandes centros industriales de Francia los obreros comienzan á percibir la necesidad de la cohesión, al menos en su forma rudimentaria, la huelga, ó bajo su forma, un poco más superior, el sindicato embrionario; pero se puede observar que esta aparición de la cohesión, sea el grupo estable ó caótico, significa un progreso apreciable en la condición de los obreros; así, la condición del obrero de hilados ó de tejidos en Rouen ó en Elbeuf es visiblemente superior á la del obrero de aguja de París.

Si se atraviesa otra etapa y se estudian los oficios, raros en Francia, en los que los obreros han sido capaces de dar á su cohesión una forma más precisa y más estable, es decir, la del sindicato seriamente disciplinado, se observa que la condición de esos asalariados es todavía mejor. Tal es el caso de los tipógrafos de París, cuya Asociación sindical, que es de las más antiguas de Francia, ha sabido obtener de los impresores de la capital el contrato colectivo de trabajo, gracias al cual los salarios han aumentado y la duración de la jornada disminuído.

Por último, en tercer lugar, si, después de haber comparado entre las diversas profesiones, se atiende á una sola de ellas para seguir las varia-

ciones de los salarios de los obreros de esta profesión, se observa que la remuneración del trabajo se eleva en el momento en que los empleados han sido capaces de sustituir al régimen de la pulverización y del aislamiento el de la cohesión casi imperfecta é inorgánica. Esta elevación continúa hasta la cohesión más disciplinada y estable; por el contrario, desaparece, y es en seguida reemplazada por un descenso de los salarios cuando, por una razón cualquiera, la cohesión de las fuerzas obreras disminuye ó se rompe.

No existe una sola profesión en la que no haya producido esa cohesión un aumento notable en el precio de los salarios ó una reducción importante en la duración de la jornada de trabajo. Desde hace cincuenta años, el mejoramiento de la condición de los obreros en Francia ha seguido paralelamente al progreso de su aptitud para concertarse. En Elbeuf hemos visto que las huelgas de Noviembre de 1900 han aumentado del 5 al 15 por 100 de sus salarios á gran número de los obreros laneros. En Inglaterra, por no citar más que un ejemplo entre los más recientes, se nota desde hace quince años una muy importante mejora en la situación de los obreros de gas, jornaleros, descargadores de puerto, etc., es mayor su salario y menor la duración del trabajo; y la causa de este progreso, conocida de todos, no es otra que el éxito parcial de los esfuerzos hechos



para reunir en grupos orgánicos á la multitud de obreros de las diferentes profesiones.

M. Sulliván, uno de los leaders del trade-unionismo americano, ha relatado en alguna parte la interesante historia de la fundación de la Asociación Internacional de Maquinistas (*International Association of Machinists* (1)).

«Cerca de la villa de Richemond, sobre una línea de ferrocarril, había una locomotora en reparación. Nueve mecánicos trabajaban en ella. Pintaban sus columnas, ponían los tornillos, limaban el hierro medio sofocados por el ardor del sol, que abrasaba sus rostros ennegrecidos. Y cada uno tenía en el corazón el descenso de salarios que la Compañía acababa de acordar. Los obreros, uno tras otro, habían desfilado por el despacho y habían defendido su causa. A los unos como á los otros, el director les había contestado: «Nuestra Compañía compra el trabajo que se le hace al precio del mercado. Si alguno de vosotros no está contento, es libre para arreglar su cuenta y marchar. Nosotros recibimos todos los días peticiones de gente dispuesta á trabajar en las condiciones que quiera la Compañía.»

(1) El calificativo *Internacional*, que toman hoy la mayor parte de las grandes Uniones Americanas, indica tan sólo que la asociación tiene *ramificaciones* en el Canadá, y ninguna otra cosa.

«Uno de ellos dió en la cuenta de que si dejaba el trabajo contando con la seguridad de la aventura, su situación no se encontraría sensiblemente empeorada. Dejó su martillo, expuso á sus otros compañeros la razones que le hacían obrar, y dijo claramente su opinión sobre la Compañía. Uno de sus camaradas, exclamó: si tú renuncias yo paro. Otro añadió: y yo también. Un tercero: yo hago lo mismo, y así no quedó uno solo en la obra.

»Los obreros mecánicos discutieron entonces la situación nueva, creada por su común acuerdo, y se preguntaron si no podría suceder que la aventura se volviese contra la Compañía, y que, mientras tanto, el mercado de trabajo fuese descargado de las ofertas bastante numerosas que había. La Compañía tenía necesidad urgente de la máquina en reparación; no quedaba un obrero competente; hacerlo venir sería una pérdida de tiempo y se corría un riesgo con entregar el trabajo á obreros sin experiencia. Todo esto representaba gastos superiores al aumento de los salarios de los nueve obreros. Estos enviaron una comisión al director, quien, con su sentido práctico de los negocios, se dió cuenta exacta de la transformación producida en la situación, y cedió. Los obreros reanudaron su trabajo: habían obtenido un aumento de salario de un 30 por 100.»

Los mecánicos de los Estados Unidos se con-



taron unos á otros esta historia, y así se fundó la muy poderosa Asociación Internacional de Mecánicos. «Buscando bien—añade M. Sulliván—se encontrará el origen de todas las cuestiones en una historia análoga.»

Algunas líneas más abajo Sulliván resume de la siguiente manera los resultados obtenidos por las Uniones de su país: «Ellas provocan la elevación de los salarios, la disminución de las horas de trabajo, y, en general, contribuyen al mejoramiento de las condiciones de existencia de sus miembros; llegan al mismo resultado en provecho de gran número de obreros no asociados, por una acción indirecta; evitan que la mujer y el niño sucumban en trabajos excesivos; obligan á los Poderes legislativos á promulgar la ley tal como la quieren los unionistas, en vez de dejarla pasar tal como el legislador juzgase conveniente concederla; aseguran, con el consentimiento de sus individuos, cuando discuten las condiciones de sus tratos con los patronos, cierto grado de libertad; favorecen el desarrollo de la independencia moral y de una virilidad superior entre los obreros.

»A ellos se debe, en gran parte, que la ley de las ocho horas se haya establecido en favor de los empleados del Gobierno, y que los Institutos del trabajo, los Consejos de arbitraje, las inspecciones en las fábricas se hayan organizado. Gra-

cias á sus periódicos, los conocimientos económicos resultan accesibles á los obreros unionistas y el obrero aprende en la escuela del sindicato, que debe sacar todo el partido posible de las posibilidades que se le ofrecen y renunciar á soñar en utopías irrealizables durante largo tiempo. Dentro del unionismo, el egoísmo de cada uno cede ante un sentimiento más elevado, y el honor de dirigir á los compañeros es un homenaje rendido á los servicios prestados más que á la habilidad política. Las Uniones excitan en todos los que las estudian un primer movimiento de sorpresa, al que sucede bien pronto un sentimiento de admiración, provocado por su gran actividad en materia de socorros mutuos. En fin, digámoslo: el principio sindical ó unionista sanamente comprendido es un auxiliar para el patrono cuando éste es justo (1).»

He aquí, ciertamente, un admirable balance: lejos de ser exagerado, se pueden encontrar algunos huecos y sería fácil añadir al activo «números que M. Sulliván no había mencionado en una corta comunicación de algunas páginas.

Solamente que, conviene señalarlo, el leader americano no ha visto aquí las hazañas de la cohesión obrera, comprendida y practicada de

(1) Circular del Museo social, núm. 10, serie B, 29 Junio 1897.



cualquier manera, según las aventuras, las conjeturas ó las sugerencias de cualquier orador improvisado. El ha visto la cohesión obrera en su forma más poderosa y más pacífica, el trade-unionismo; á juzgar por lo que él dice de los sindicatos estables, de los sindicatos del campo, es indudable que sólo en su pensamiento está verdaderamente calificada con el nombre de Trade's Unions la asociación obrera, que ha llegado á agrupar de una manera durable y permanente á un gran número de asalariados de una misma profesión. Esto, sin embargo, es insuficiente. Estos obreros deben todavía ser capaces de someterse al pago de una cuota hebdomedaria elevada y á una disciplina precisa ejercida por jefes prudentes y regularmente elegidos. El sindicato definido, representa manifiestamente la forma superior de la cohesión obrera, del acuerdo entre los asalariados. Pero por lo mismo que el sindicato es una forma superior, es evidente que antes de elevarse á ella los obreros, deberán en todos los países pasar por diferentes etapas, cometer bastantes errores, dejarse seducir por muchas utopías y exponerse á los inconvenientes propios de las falsas maniobras.

Sin duda hubiera sido hermoso ver, al día siguiente mismo del hundimiento del régimen corporativo y del pequeño taller, á los obreros franceses tener conciencia de las nuevas obligaciones

que el doble sistema de la concurrencia y del gran taller les imponía, y organizarse metódicamente en cada profesión para asegurarse el beneficio del contrato colectivo de trabajo. ¿Pero á qué formular esta ilusión? La historia atestigua que el progreso social es siempre lento y exige los perseverantes esfuerzos del hombre. Para lograr su forma superior, la cohesión obrera ha encontrado *en todos los países* enemigos terribles: la resistencia de la opinión pública, del poder gubernamental; la apatía y la ignorancia de los mismos asalariados. Veamos de averiguar en qué medida el movimiento sindical francés ha triunfado ya de estos dos enemigos, cuáles han sido los éxitos logrados y qué camino le queda por recorrer.